

grande reunion, y que ésta toma tan á menudo por un síntoma de verdadera libertad. Aquellas palabras de contrapeso al poder real, de responsabilidad ministerial, de leyes consentidas y de poder del pueblo, aplicadas en la actualidad por una Constitucion, y en los tiempos pasados por la acusacion de Strafford, por el sepulcro de Sidney y sobre el cadalso de un rey, habian resonado como recuerdos antiguos y como unas novedades enteramente desconocidas.

El drama inglés tenia por espectador al mundo. Los grandes actores de aquella época eran: Pitt, moderador de aquellas tempestades, órgano intrépido del trono, del orden y de las leyes de su país; Fox, tribuno precursor de la revolucion francesa, que propagaba sus doctrinas y que, asimilándolas á las revoluciones de Inglaterra, hacía que fuesen respetadas y miradas como sagradas por el pueblo inglés; Burke, orador filósofo, de quien cada discurso era un tratado de elocuencia, verdadero Ciceron de la oposicion británica, que muy pronto debia volverse contra los excesos de la revolucion francesa y maldecir la nueva religion en cuanto viese inmolada una víctima; finalmente, Sheridan, calavera elocuente, grato al pueblo por su ligereza y por sus vicios, que seducia á su país en lugar de sublevarle. El calor de los debates sobre las guerras de América y de la India daba un vivo interes á las borrascas del Parlamento.

La independencia de América, conquistada por un pueblo nuevo, las máximas republicanas en que fundaba su gobierno, el prestigio que iba unido á aquellos nombres desconocidos hasta entónces, á quienés hacía mucho más grandes la distancia que las victorias que obtenian, como Washington, Franklin y Lafayette, héroes en la imaginacion del pueblo; aquellos sueños de sencillez antigua, de costumbres primitivas y de libertad heroica y pastoral á la vez, que la moda y la ilusion del momento traian á Europa desde el otro lado del Atlántico, todo esto contribuia á fascinar el espíritu del continente y á imbuir en el ánimo de los pueblos el desprecio á las instituciones que les regian, entusiasmándolos á favor de una renovacion social.

Holanda era el taller de los innovadores, que al abrigo de una completa tolerancia religiosa, de una libertad casi republicana y de un contrabando tolerado, iban á imprimir allí todo lo que no podia recibir publicidad en Paris, en España, en Italia ó en Alemania. Desde la época de Descartes, la filosofía independiente habia buscado un asilo en Holanda. Bayle habia popularizado allí el escepticismo, y aquel país se habia convertido en la tierra sagrada de la insurreccion contra los abusos del poder, hasta que finalmente llegó á ser un foco perenne de conspiraciones contra los tronos. Todo el que queria emitir un pensamiento sospechoso, lanzar un dardo ú ocultar su nombre, se valia de las imprentas holandesas. Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvecio, y hasta el mismo Mirabeau, habian ido á naturalizar sus escritos en aquel país clásico de la publicidad. La máscara del anónimo con que se cubrian estos escritores en Amsterdam no engañaba á nadie, pero bastaba á su seguridad. Todo crimen del pensamiento era allí inviolable, y Holanda era á un mismo tiempo el asilo y el arsenal de las nuevas ideas. Un comercio de libros activo é inmenso especulaba en aquel país con los trastornos de las religiones y de los tronos. El prodigioso consumo de libros prohibidos que este comercio esparció por todo el mundo, probaba suficientemente la alteracion, cada dia mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

VIII

En Alemania, país de la contemporizacion y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las



Aspecto de la Asamblea legislativa en sus primeras sesiones.—Pág. 172.

formas de una conspiracion universal envuelta en el misterio. Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurreccion todas las apariencias de la ciencia y de la tradicion. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliábulo las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la Edad Media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de símbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubria sus ojos sino en las sociedades secretas, de que eran excluidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginacion, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servian de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande habia hecho de su corte el centro de la incredulidad reli-

giosa, y al abrigo de su poder enteramente militar, se había propagado con toda libertad el desprecio al cristianismo y á las instituciones monárquicas. Este príncipe materialista en nada estimaba la fuerza moral, porque las bayonetas eran, según su modo de ver, el mejor derecho de los príncipes, la insurrección el mejor derecho de los pueblos, y las victorias ó las derrotas el más incontestable derecho público. Su fortuna, siempre constante con él, había sido cómplice de su inmoralidad, y había recibido la recompensa de cada uno de sus vicios, porque estos vicios eran grandes. Al morir había legado su genio perverso á Berlin, ciudad corruptora de toda Alemania. Militares criados en la escuela de Federico, academias modeladas sobre el genio de Voltaire, colonias de judíos enriquecidos con la guerra, y franceses refugiados, componían aquel pueblo en gran parte y dirigían el espíritu público, que, ligero, escéptico, insolente y burlón, intimidaba al resto de Alemania. La debilidad del espíritu alemán data desde Federico II. Este rey fué el corruptor del imperio, conquistó Alemania con ideas francesas y fué un héroe de decadencia.

Berlin continuaba del mismo modo después de su muerte, por esa impresión que dejan siempre los grandes hombres por mucho tiempo en el país en que han reinado. El reinado de Federico había dado al ménos un buen resultado, que era la tolerancia de cultos, nacida en Alemania del menosprecio en que Federico había tenido á las religiones. A la sombra de esta tolerancia, el espíritu filosófico había organizado algunas sociedades secretas á imitación de la francmasonería, en las que se habían iniciado los príncipes alemanes. Creían los que entraban en ellas dar pruebas de grandes espíritus con penetrar en aquellas tinieblas, que se reducían en el fondo á algunos principios generales de humanidad y de virtud, sin aplicación inmediata á las instituciones civiles. Federico había sido iniciado cuando era joven por el mayor Bielfeld, y el emperador José II, innovador el más atrevido de su época, entró también en ellas en Viena bajo el patrocinio del barón de Born, jefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que ninguna importancia política tenían en Inglaterra, donde la libertad conspiraba sin rebozo en la tribuna y en la prensa, la tenían muy grande en el continente, porque eran los conciliábulos secretos de la libertad del pensamiento, que escapándose de los libros pasaba á las plazas á ponerse en acción. Entre los iniciados y las instituciones establecidas la guerra era sorda, pero mortal.

Sin duda que el objeto de los agentes ocultos de estas sociedades era crear un gobierno de la opinión del género humano para ponerle en oposición con los gobiernos de las preocupaciones. Trataban estos hombres de reformar las sociedades religiosas, política y civil, y empezando por apoderarse del espíritu de las clases ilustradas, podían llamarse sus logias las catacumbas de un nuevo culto. La secta de los iluminados, fundada y dirigida por Weisshaupt, se propagaba en Alemania al par de la de los francmasones y los rosa-cruz. Los teósofos creaban por su parte los símbolos de perfección sobrenatural y atraían todas las almas sensibles y todas las imaginaciones ardientes hácia unos dogmas llenos de amor y de ideas de lo infinito. Los teósofos, los swedenborgios, discípulos del sublime aunque oscuro Swedenborg, nuevo San Martín de Alemania, pretendían perfeccionar el Evangelio y transformar la humanidad. Una de sus doctrinas era no tratar de nada que tuviese relación con la muerte y con los sentidos corporales. Todos estos dogmas despre-

ciaban en igual grado las instituciones existentes, y tendían con igual ardor á la renovación de los espíritus y de las cosas. Estas sociedades eran democráticas, porque todas estaban inspiradas por el amor á los hombres, sin distinción de clases.

Casi era infinito el número de los que en ellas se afiliaban, y el prestigio, cual sucede siempre que nos dejamos arrebatar de un celo indiscreto, se unió fraudulentamente á la verdad, como si el error ó la mentira fuesen la liga inevitable de las verdades y hasta de las virtudes del espíritu humano. Evocáronse los siglos, se hizo aparecer á las sombras y se oyó hablar á los muertos. Las visiones fueron su último secreto, las apariciones el último milagro de aquellos sectarios, que alucinaron la complaciente imaginación de los príncipes por medio de transiciones rápidas del terror al entusiasmo. La ciencia fantasmagórica, poco conocida entonces, sirvió de auxiliar á estas seducciones. Muerto Federico II, su sucesor sufrió estas pruebas y fué subyugado por aquellos prestigios; de suerte que hasta los mismos reyes conspiraban contra los tronos. Los príncipes de Gotha dieron asilo á Weishaupt. Augusto de Sajonia, el príncipe Fernando de Brunswick, el de Neuwied, los coadjutores, todos los soberanos, hasta los de los electorados eclesiásticos de las orillas del Rin, los de Maguncia y de Colonia y el obispo de Constanza, se señalaron por su ardor en favor de las doctrinas misteriosas de la francmasonería ó del iluminismo. Cagliostro admiraba á Strasburgo, y el cardenal de Rhoan se arruinaba y se envilecía al mismo tiempo escuchándole como á un oráculo. Por todas partes aparecían señales semejantes á las que precedieron siempre á la caída de los grandes imperios, á la llegada de las nuevas ideas. La más infalible era la conmoción general de las imaginaciones, que, una vez propagada, hace temblar la humanidad entera.

Los grandes genios de Alemania é Italia cantaban ya la nueva era en sus versos á los hijos de la Germania. Goethe, poeta escéptico, Schiller, poeta republicano, y Klopstock, poeta sagrado, embriagaban con sus estrofas las universidades y los teatros; cada sacudida de París resonaba como un eco producido por aquellos escritores en las orillas del Rin. La poesía es el recuerdo y el presentimiento de las cosas; lo que ella celebra no ha muerto todavía, lo que canta existe ya, y la poesía cantaba entonces por todas partes las confusas aunque apasionadas esperanzas de los pueblos, lo que era un augurio cierto del triunfo de éstos, así como también una prueba de que su entusiasmo existía allí, puesto que hacía que se oyese su voz. La ciencia, la poesía, la historia, la filosofía, el teatro, el misticismo, las artes y el genio europeo, bajo todas las formas posibles, se habían pasado á la revolución. No podía citarse un solo hombre de gloria en toda Europa que perteneciese al partido de lo pasado, partido vencido ya, puesto que el espíritu humano se retiraba de él. Adonde va el espíritu, allí va la vida, y únicamente las medianías son las que permanecen constantemente aferradas á antiguas instituciones. Descubriéndose ciertas señales misteriosas en el horizonte general del porvenir, y ya fuese porque los pequeños viesan en ellas su salvación, ya porque los grandes creyesen descubrir en las mismas un abismo, ello es que todos se precipitaban en brazos de la novedad.